

El Recuerdo Indeleble

SERAFIN J. GARCIA

(Especial para "MARCHA".)

Aunque aquello había ocurrido hacía muchísimo tiempo, estaba siempre presente en su memoria. Y tan vivo, tan nítido, como si recién acabara de suceder.

Entonces él no tenía la boca desencajada, ni los ojos estúpidos, ni el interminable hilillo de baba humedeciéndolo el mentón. Era, sí, un niño de ganglios nudosos, anémico y ventruado, como casi todos los niños del rancharío. Pero aún conservaba su expresión vivaracha y la inquietud de sus piernas ágiles, sobre las que andaba todo el día de un lado para otro, descubriendo mundos insospechados debajo de cada piedra, entre las ramas de cada árbol, sobre la minúscula superficie de cada mata de pasto.

El tiempo parecía haberse estancado en aquel rincón de su memoria donde se grabara el suceso. Y por eso veíalo todo con la misma claridad y la misma exactitud de cuando aconteció. Todo. Desde la pupila enferma de la vaca hasta el cuchillo de delgada hoja y curvo gavilán; desde el bigote hirsuto del hombre hasta los rojos espolones del teruterero alborotador, que revolaba en torno al nido pisoteado.

Sus otros dos recuerdos sobrevivientes —el del médico que se llevó a su madre en el automóvil gris, luego de pronunciar aquella palabra tan linda: "desnutrición", y el de los "milicos" que hicieran cavar a su padre detrás del rancho, hasta que apareció el cuero descabezado de la oveja— perdían entidad y relieve frente al primero. Además, poco a poco, habíanse ido

desdibujando. Ya no podía reconstruir sino con esfuerzo la cara bonachona del médico, su maletín de bruñido cierre, su larga túnica salpicada de barro y yodo. Y costábale también evocar la figura de su padre caminando delante de los policías, baja la cabeza, torpes las piernas, al hombro el cuero recién desenterrado...

Cuando la brutal conmoción del golpe, tarándole el cerebro, enredó en inextricable lío las imágenes que lo poblaban, fueron aquellos tres recuerdos los únicos



que escaparon del caos, del terrible caos en que se desintegró su mundo sensible y emocional. Pero sólo uno de ellos vivía como fuera del tiempo, hurtándose a la acción de su niebla diluyente y escamoteadora. Y por eso su vida, toda su vida, íbase reduciendo fatalmente a la memoria del acontecimiento salvado.

Hacía muchísimo tiempo, sí. Tanto, que ya el

pueblo de ratas, ceñido por un cinturón de alambres cada vez más tensos, había ido desplazándose de aquella loma para negrear en otra, un poco más al Sur, dócil a su volandero destino de semilla de cardo. Pero él, sin embargo, por milagro del hecho siempre reciente, continuaba viéndole enclavado sobre el antiguo desnivel pedrizo, metido —como una cuña absurda— entre el verde infinito de las dos estancias circundantes.

La vaca vivía en el potrero más próximo al rancharío y acostumbraba a pernoctar allí, cerca del alambrado. Era pequeña y overa, con peludas orejas movilizadas y grandes cuernos filosos pero inofensivos. Tenía la pupila sana de un hermoso color azulenco; y la otra, la cancerosa, goteaba de continuo una especie de llanto triste y rojizo. Tal vez por su pelaje distinto, o por su continente humilde, o por la implacable enfermedad que le roía, desdeñábanla las otras vacas de la estancia, todas ellas pampas, mochas y fornidas.

Una tardecita, él se atrevió a franquear el alambrado tenso para acercársele. Palpóle las orejas flácidas y el cuadril puntiagudo. Le tocó con la yema de los dedos el hocico húmedo. Y el animal lamióle la mano mientras lo contemplaba con su ojo bueno, mugiendo suavemente. Acercósele más, y vió su rostro, cosquilleaba dulcemente sobre su pupila azulenca. El aliento tibio, oloroso a pasto rumiado, cosquilleaba dulcemente sobre su cuello escrofuloso. Y la lengua áspera, con serlo tanto, tenía una suavidad de caricia maternal para su mano de huérfano.

Entonces él podía pensar aún. Y pensó. La vieja vaca enferma debía echar de menos a sus hijos, como



restregándose a intervalos los bordes del hocico con su gran lengua áspera y verdosa.

El hombre llevaba un largo cuchillo en la cintura y la camisa a cuadros recogida en las mangas, hasta el codo. Los brazos eran velludos y cortos y el bigote ríspido, como de alambre. Pero el silbido sonaba grato en la tardecita de cordial tibieza, bajo el dulce cielo lleno de nubes rosadas. Y los ojos, cuando el peón se volvió un segundo para dar fuego a su pucho, parecieron iluminarse con una tierna y retozona luz.

El creyó al principio que el hombre iba a jugar con la vaca. Aunque no había visto jugar jamás a ninguno de los hombres que conocía, lo creyó sin titubeos, candorosamente. Acaso el peón andiado y la mansa bestia enferma fuesen viejos amigos que volvían a encontrarse por casualidad, después de larga ausencia.

Cuando vió al hombre desenvainar su cuchillo, tampoco tuvo miedo. Gustóle el movimiento resuelto con que apretó la faja y se recogió un poco más las mangas de la camisa a cuadros.

El sol escintiló alegremente sobre el acero limpio. La vaca levantó un poco la cabeza y luego volvió a bajarla, como en un saludo. Y fué entonces, precisamente entonces, que el hombre pisó el nido de junto al albardón. Y el teruterero, furioso, púsose a revolar sobre su cabeza en ajustados círculos enhiestos los espclones de las alas.

Cuando él alzó los ojos para seguir el vuelo del ave, advirtió que la nube tras la cual iba a ocultarse el sol tenía la forma de una vaca roja. Una enorme vaca roja, con los cuernos curvos y el aire plácido de la que reposaba allí, cerca del alambrado.

Y en ese momento hirió sus oídos el mugido triste, de inolvidable tristeza. En el primer instante no hubiera podido asegurar si procedía de la vaca terrestre o de la vaca etérea. Pero cuando oyó golpear sobre el pasto las pezuñas vacilantes y vió doblarse las flacas patas, como si se quebraran; cuando, casi a sus pies, se derrumbó pesadamente la pobre mole mansa, la incensiva mole overa; cuando la pupila azulenca lo contempló enturbiándose, vidriándose, ya no le cupo duda.

Fué así como la muerte le desnudó su pavoroso sentido. Y todos los pequeños mundos descubiertos bajo las piedras, entre las ramas, sobre los pastos, desaparecieron frente a la monstruosa realidad de aquel cuchillo goteante, de aquel brazo corto y velludo que lo esgrimía, de aquellos ojos humanos sin dolor, de aquella boca que seguía silbando a pesar de la sangre descauzada, del viejo cuerpo yacente, del mugido trisísimo...

Vió la lengua áspera y verdosa alargarse todavía hacia él, una vez más, cual si buscara sus manos para lamérselas. Vió la pupila azulenca reflejar aún su figurilla raquílica como la primera tarde de amistad, como el montón de tardes que la sucedieron. Vió las últimas lágrimas tristes y rojizas gotear del ojo enfermo. Y tendió instintivamente sus brazos al humilde pescuezo desgarrado de donde fluía la vida, en un hilillo ya.

Pero el cuchillo, el silbido y el hombre se aproximaban de nuevo. Y tuvo la sensación escalofriante de que venían por él, trayéndole aquella dura muerte

que ellos representaban, que en ellos residía oscuramente, misteriosamente... Y huyó en huída frenética, carquejal adentro, hasta despeñarse en la boca taimada del zanjón...

Por dos o tres días tuvo carne vacuna el rancheo, lo que aseguró la paz nocturna de las majadas. Tal vez la hubo en su rancho, como en los demás. El no lo supo nunca. Su vida estaba ya reducida a tres recuerdos: aquellos dos que el tiempo iba destiñendo y ese otro siempre nítido, presente siempre, que aunque sustentado por la muerte no moría jamás...

Serafín J. García.

LA REVISTA "BELGA"

PUBLICACION MENSUAL

(630 5ª Avenida, Nueva York)

Ochenta páginas de texto y fotografía. — Arte, Literatura, Ensayos, Política.

Bajo la dirección de Luis J. Navascues y con la colaboración de escritores americanos y europeos encontrará Vd. en La Revista Belga el lazo de unión entre América y Europa.

Ejemplar \$ur. 0.20
Suscripción anual . " 2.00

Distribuidor local:
Librería Barreiro & Ramos S. A.
25 de Mayo 604

PIDALA EN LOS KIOSKOS O A
SU PROVEEDOR DE REVISTAS

él echaba de menos a su madre. De ahí, sin duda, la atracción recíproca que los acercaba...

Largo rato permaneció junto a la mole quieta y mansa, entregándole por entero su pequeña soledad. Era aquel el mejor de los mundos que había descubierto desde que correteaba en descampado, lejos del padre enterrador de cueros sin cabeza, siempre taciturno y hermético.

Y desde entonces, todas las tardecitas, cuando volvía de buscar macachines, de masticar talles de hinojo o de ahumar camoatíes siempre flacos, iba a jugar un rato con la vieja vaca overa de lengua áspera, aliento vegetal y cuernos afilados pero inofensivos.

El peón era andiado y vestía un chiripá de arpillera y una camisa de franela, a cuadros blancos y negros. Largos mechones incultos escapaban de su viejo sombrero agujereado.

Dejó el caballo junto al alto carquejal y se acercó silbando una milonga. El lo siguió con ávida curiosidad, pisándole la sombra larga y escurridiza.

Lo vió detenerse ante la vaca, que en ese instante dormitaba, echada plácidamente en el sitio habitual,